



S E R M O N
PARA EL PRIMER DOMINGO
DE QUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

*Non in solo pane vivit homo, sed in omni
 verbo, quod procedit de ore Dei.*

El hombre no vive solamente con pan, sino con todas las palabras, que salen de la boca de Dios. *Matth. 4. v. 4.*

EN nada se conoce tanto el poder y lo sublime de la palabra del Evangelio, como en los símiles de que usa Jesu-Christo para anunciarnos sus efectos. Ya dice que es una espada sagrada, que separa al padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana, y al hombre de sí mismo; que cautiva todo espíritu baxo el yugo de la fé; que sujeta los Cesares, triunfa de los prudentes y sabios, y levanta el estandarte de la Cruz sobre las ruinas de los ídolos é Imperios;

rios; y en esto nos quiso representar su fuerza, á la que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á cenizas los templos profanos, abrasa los hombres, y los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista de las naciones; y en estas parábolas se nos representa la prontitud de sus operaciones, y la rapidéz de sus victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta toda la masa, que ata todas sus porciones, que las imprime una fuerza y una virtud comun, que confunde las distinciones de Judío y de Gentil, de Griego y de Bárbaro; y dá á todos el mismo nombre y el mismo sér; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud, la que ha purificado todo el Universo, y ha hecho de todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al principio que se pierde en la tierra, crece despues, y dá ciento por uno; y el principio de su fecundidad no es el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que dá el incremento.

Pero hoy la compara Jesu-Christo al pan que sirve de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y con esto nos quiere enseñar que la palabra Evangelica es un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces á los que le reciben con corazon enfermo y corrompido, y util solamente á las almas que le comen con una ansia santa, y que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las maravillas que obró en otro tiempo en todo el mundo esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus consejos, la prudencia de sus máximas, y ciñendome

á la instruccion , y á lo que puede hacer os util la palabra del Evangelio que hoy se predica , os enseñaré primeramente , quáles son las disposiciones con que debeis venir á este santo lugar para oírla ; y en segundo lugar , con qué espíritu debeis despues escucharla. Estas son dos obligaciones , no solamente despreciadas , sino tambien ignoradas de la mayor parte de los fieles que vienen á los pies de los pulpitos Christianos ; y esta es la raíz mas comun del poco fruto de nuestro ministerio. Imploramos, &c. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

LO que distingue á los justos de los Christianos carnales , dice San Agustin , no es el cuerpo de las obras exteriores , sino el espíritu invisible que las anima. Las acciones de la devocion son muchas veces comunes á los buenos y á los malos , y sola la disposicion del corazon es la que los distingue. Todos corren , dice el Apostol ; pero no todos llegan al fin de la carrera , porque no es uno mismo el espíritu que les impele.

Aplicaré , pues , esta máxima á mi asunto. Entre todas las obligaciones de la piedad christiana no hay absolutamente otra con que mas cumplan exteriormente , tanto los justos como los pecadores , como en venir á oír la palabra del Evangelio : todos vienen en tropel , como en otro tiempo los Israelitas al pie del santo monte , á oír las palabras de la ley : apenas basta el recinto de nuestros templos para recibir la multitud de fieles ; ni aun en la hora , en que se celebran los terribles mysterios se ven tantos adoradores al rededor de los Altares. Cesan las concurrencias profanas para venir á aumentar el concurso en el tiempo del Sermon : y los siglos en que se ha visto entibiarse el zelo de los Christianos en orden á las demás obligaciones

nes de la religion , parece que no le han podido entibiar en orden á esta. Con todo eso , entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos , casi no hay otro mas inutil que el de la predicacion ; y el mas poderoso medio de que se ha valido siempre la religion para la conversion de los hombres , es hoy el mas débil de todos sus recursos. Vosotros mismos , Católicos , sois bien funesta prueba de esta verdad. Nunca han sido tan frequentes las instrucciones como en nuestros dias , y nunca han sido mas raras las conversiones.

Importa , pues , manifestar aquí las causas de un abuso tan comun y deplorable. La primera consiste sin duda en la falta de las disposiciones que deben traer os á este santo lugar , para oír en él la divina palabra. Y á la verdad que si San Pablo mandaba antiguamente á los fieles que se probasen antes de ir á comer el pan de vida ; si les declaraba que el no distinguirlo de las viandas comunes era hacerse culpables del cuerpo del Señor , igual razon tengo yo para deciros que debeis probaros , y preparar vuestra alma antes de venir á participar del sustento espiritual que distribuimos al pueblo ; y que el no distinguirlo de la palabra de los hombres quando le venís á recibir , es hacer os culpables de la misma palabra de Jesu-Christo.

La primera disposicion que os pide la santidad de esta palabra , quando venís á oírla , es un deseo de que os sea util. Antes de venir á nuestros templos debeis en lo interior de vuestra casa encomendar os al padre de las luces , y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que unicamente se oye su voz ; que dé á su palabra aquella virtud , aquella oculta fuerza , aquellos atractivos que son tan poderosos y felices para la conversion de los pecadores ; que venza aquella insensibilidad que habeis opuesto hasta ahora á todas las verdades que habeis oído ; que fixe aquellos movimien-

tos instantaneos que habeis experimentado tantas veces al tiempo de oirnos, y que nunca han producido efecto alguno para vuestra eterna salud; que nos dé á nosotros aquél zelo, aquella sabiduría, aquella dignidad, aquella plenitud de su espíritu, aquellas vivas luces, aquella divina vehemencia siempre persuasiva, que nunca habla en vano, y forma en nuestros corazones el amor á las verdades que pone en nuestra boca; que nos haga insensibles á vuestras alabanzas y á vuestras censuras, para que os seamos mas útiles en vuestras necesidades; que el deseo de vuestra salvacion supla en nosotros el defecto de los talentos, que nos niega la naturaleza; y que honremos nuestro ministerio, no intentando agradaros, sino salvaros.

Y á la verdad, Católicos, si antiguamente los Israelitas, quando estaban para acercarse á la montaña de Siná, á oír en ella las palabras de la ley que les habia de anunciar el Angel, tubieron precisión, por orden de Dios, de purificarse, de lavar sus vestiduras, y de abstenerse aun de las santas obligaciones del matrimonio, para disponerse á esta grande accion, y no llegar al pie de la montaña con cosa alguna que no fuese digna de la santidad de la ley que iban á escuchar; ¿No es mas razonable, dice San Juan Chrysóstomo, que quando venís á oír las divinas palabras de una ley mas santa, vengais á lo menos con unas disposiciones de fé, de devocion, y aun de respeto exterior, que denoten en vosotros un deseo sincero de conformar vuestras costumbres con la máximas que os anunciamos? ¿Es posible, Católicos, que los preceptos de Jesu-Christo, las palabras de vida eterna se han de oír con menos precauciones que los preceptos de una ley figurativa? ¿Es acaso porque no os la baxa á anunciar un Angel del cielo? ¿Pero no somos nosotros aqui, como él, los embiados de Dios, y no os hablamos, como él, en su lugar? ¿Tenia el Angel en la

montaña alguna señal mas visible de la Divinidad que nosotros? El Angel escribia la ley sobre las tablas de piedra, y la gracia de nuestro ministerio las grava en los corazones; él prometia leche y miel, y nosotros anunciamos los verdaderos bienes; él hablaba á los gefes de las Tribus, á aquellos heroes que vencieron á los pueblos de Canaán, y conquistaron sus ciudades; y nosotros hablamos en presencia de los Reyes y Principes de la tierra, y en la presencia de un Rey, aun mucho mayor por su piedad que por sus conquistas; los relampagos y rayos que acompañaban á sus amenazas contra los transgresores de la ley aterraban al pueblo, que estaba amedrentado al pie de la montaña; ¿pero qué eran aquellas amenazas y maldiciones temporales, de que sus ciudades serian arruinadas, llevados cautivos sus hijos y mugeres, si las comparais con la eterna desgracia que no cesamos de pronosticar á los transgresores de la ley de Dios? Separad lo que nosotros somos del ministerio con que cumplimos, y no hallareis aqui cosa alguna menos respetable y terrible que en el monte de Syná.

Y con todo eso, ¿con qué disposiciones venís á una accion tan santa y tan digna de respeto? Os trae el deseo de satisfacer una vana curiosidad, el pasar el tiempo, el asistir á un espectáculo de la religion en que quereis divertir os, el seguir una costumbre recibida en el mundo, y aun acaso el deseo de agradar al Soberano, imitando su respeto á la divina palabra, y grangearos su atencion mas que las divinas misericordias; y acaso tambien unos fines mas infames, de los que no me atrevó á hablar por no ofender la gravedad de nuestro ministerio. No venís aqui guiados por motivo alguno de vuestra salvacion; no os disponéis con fin alguno de la fé; no os acompaña pensamiento alguno de devocion; y por decirlo de una vez, el venir á oír la divina palabra no es en vosotros exercicio de religion.

Y

Y esta es la primera razon de la inutilidad de nuestro ministerio. Porque ¿cómo quereis que un medio absolutamente profano sirva de disposicion para la gracia, y que entre la multitud de fieles que se juntan en este santo lugar os distingá la bondad de Dios, para disponer vuestro corazón á la divina palabra, quando habeis venido aqui con unas disposiciones las mas propias para apartar de vosotros esta misericordia? Católicos, así como la religion no tiene, en cierto modo, cosa mayor que el deposito de la doctrina y de la verdad; la devocion no conoce tampoco cosa mas importante, y que pida mas religiosas precauciones que el oírse instruirse con ella.

La segunda disposicion que os debe traer á este santo lugar es una disposicion de dolor y confusion, fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oido. Debeis acordaros de tantos movimientos de compuncion como ha obrado el Señor en vuestros corazones por medio del ministerio de la palabra, sin que hayan producido efecto para vuestra eterna salud; de tantas piadosas resoluciones inspiradas en este santo lugar, que parecian prometer una mudanza de vida, y que al salir de él se deshicieron contra el primer escollo; porque lo que aqui mas debe atemorizaros es, que todas las verdades que en vosotros han hecho algunas leves impresiones son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el Tribunal de Jesu-Christo; todas las veces que la palabra del Evangelio no os ha movido á penitencia, os habeis hecho con ella mas indignos de conseguir la gracia del arrepentimiento. En esto no conoce medio la fé; y si no salís de aqui mudados, siempre salís en algun modo mas culpables, porque habeis añadido á los demás delitos el del desprecio de la santa palabra.

En estas reflexiones debiera exercitarse vuestra fé, y temblando acerca de lo pasado, debeis preguntaros á

vosotros mismos quando venís al templo: ¿Voy á oír una palabra que me ha de juzgar, ó unas verdades que me han de libertar? ¿Voy á ofrecer á la misericordia de Dios un corazón docil y dispuesto, ó á su justicia nuevos motivos de condenacion contra mí? ¿Es posible que há tanto tiempo que me están anunciando unas verdades, cuya fuerza no puede debilitar en mi entendimiento toda la condescendencia de que uso con mis pasiones, y que en mi interior me hacen confesar, aun á pesar mio, el desorden de mis caminos, y con todo eso, no he dado hasta ahora un paso para salir de ellos? ¿Que há tanto tiempo que me están avisando, que el cuerpo del Christiano es templo de Dios, sin que por eso yo sea mas casto? ¿Que há tanto tiempo que oigo decir, que es preciso sacarse el ojo que escandaliza y arrojarle de sí, sin que con todo eso yo me haya separado de aquellas conexiones tan incompatibles con mi salvacion? ¿Que há tanto tiempo que me están diciendo, que el dilatar de dia en dia la penitencia es querer morir en el pecado, sin que por eso me halle mas dispuesto á salir de mi estado deplorable, y á empezar de véras la obra de mi salvacion?

¡Gran Dios! ¿No os habeis de cansar de darme un corazón sensible á unas verdades que siempre me mueven sin mudarme jamás? ¿No castigareis el abuso de vuestra palabra, quitandola para conmigo aquella fuerza que aun la dexais para que me llame á la penitencia? Y á la verdad, Católicos, ¿quántos fieles de los que me oyen, sensibles en otro tiempo á las verdades que les anunciamos, no vienen ya hoy á ofrecerlas mas que un corazón tranquilo y obstinado? Despreciaron aquellos felices momentos en que la gracia queria abrirles este camino de conversion, y despues de tan dilatado y funesto descuido nos oyen con indiferencia, y las mas terribles verdades que proferimos no son para ellos mas, como dice San Pablo, que el sonido del metal, y el ruido de una campana.

Ahora os pregunto, Católicos, ¿habéis conocido hasta ahora aquel sentimiento de dolor por lo poco que os habéis aprovechado de los Sermones que habéis oído? Mujeres del mundo, ¿puede la pompa exterior con que venís al templo dar á entender esta disposición? ¿No os disponéis para venir á oír los Sermones en que se condena al mundo, con los mismos cuidados de indecencia y vanidad que para asistir á los espectáculos profanos? ¿Qué diferencia haceis de unos á otros? ¿No parece, ó que nosotros os hemos de anunciar aquí las insensatas máximas de los teatros, ó que solamente venís á insultar con un adorno indecente, aun segun el mundo, las santas máximas del Evangelio?

¡Pero qué es lo que digo, amados oyentes míos! Lejos de avergonzaros de las muchas verdades que hasta ahora habéis oído sin fruto, ¡ah! acaso estais contentos de haber sido insensibles á ellas; acaso os haceis fuerza y teneis por deplorable vanidad el oírnos con indiferencia; acaso teneis por valentía y grandeza de animo, que lo que mueve á los demás os dexé á vosotros solos serenos y tranquilos; acaso haceis ostentacion de vuestra insensibilidad, y os parece que sería cobardía el dexarse mover de las verdades que en otro tiempo triunfaron de los Filósofos y Cesares; de unas verdades baxadas del cielo, y que tienen en sí unas señales tan divinas, de elevacion y de sabiduría; de unas verdades que tanto honor hacen al hombre, y las que unicamente son dignas de la razon; de unas verdades de tanto consuelo para el corazon, y las que unicamente pueden darnos la paz y la tranquilidad en nuestro interior; de unas verdades, finalmente, que nos proponen unos intereses tan grandes, á los que no podemos mostrarnos indiferentes sin locura y extravagancia. Os preciais del poco efecto de nuestro zelo, y de que todos uestros discursos os dexan del mismo modo que os hallan, y con esta os parece que honrais á vuestro enten-

rendimiento; no quiero deciros que os precieis de estar en lo profundo del abismo, y en aquel estado de reprobacion, en que casi no hay remedio, aunque esto merece horror y lástima á un mismo tiempo; pero si os digo que la mas segura señal de un talento frívolo y ligero, de una capacidad corta y limitada, de un corazon perverso é incapáz de elevacion y grandeza es el no hallar cosa alguna que le mueva, que le asuste, que le satisfaga, que le interese en las verdades tan prudentes y sublimes de la moral de Jesu-Christo.

Porque á lo menos los pecadores de otra especie conservan todavia algunas reliquias de respeto, y alguna sensibilidad á la verdad que persevera en ellos aun en medio de una vida delinqüente; pero que siempre es señal de un buen corazon, de un corazon que todavia gusta del bien, de un entendimiento claro, el que, aunque arrastrado del mundo y de las pasiones sabe hacerse justicia, conoce la fuerza de la verdad que le condena, y nos dexa esperanzas de salud y de arrepentimiento. Estos pecadores confiesan á lo menos que tenemos razon; es verdad que no mudan sus costumbres, pero á lo menos los mueve la verdad, los asusta, los agita, excita en ellos algunos débiles deseos de salvacion, y esperanzas de convertirse en adelante; no quisieran ser tan sensibles á las amenazas de la fé; casi temen el oírnos, por no perder aquella falsa tranquilidad en que consiste toda la dulzura de sus delitos; quando salen de nuestros Sermones procuran divertirse para desvanecer la turbacion y la tristeza que han dexado en su alma las verdades que han oído; inmediatamente van á buscar en medio del mundo y de los placeres una mano lisonjera que les arranque el secreto aguijon que la divina palabra ha dexado en sus corazones, y que cierre la herida de donde habia de salir el remedio; temen el que se rompan sus grillos, vuelven la cabeza por no ver la luz que viene á turbar la tranquilidad de su sueño. Es

cierto que aman sus pasiones, pero á lo menos no insultan á la verdad; al contrario, respetan su poder buscando defensas contra ella; son unos pecadores cobardes, que temen no poderse defender contra Dios, huyen de él, y no quieren encontrarle. Pero vosotros os preciais locamente de esperarle con tranquilidad, y de no temerle: tenéis por grandeza de ánimo, y por verdadera Filosofía, el no dexaros sobrecoger de los temores vulgares: os parece que un religioso temor afrentaría la soberbia de vuestro entendimiento, y al mismo tiempo que en lo oculto sois una alma la mas cobarde y tímida, la que mas se abate al primer peligro que la amenaza, la menos constante contra los sucesos, y á la que mas agitan las esperanzas y frívolos temores de la tierra; os preciais de valientes contra la verdad, esto es, se halla en vosotros quanto tiene de baxo é infame el temor, y os avergonzáis de tener lo grande y razonable que en él se halla. No tenéis valor contra el mundo, y os preciais de un valor insensato contra Dios.

Esta es la segunda disposicion con que debeis venir á oír nuestras instrucciones; un verdadero dolor por el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de ellas. La ultima es un vivo reconocimiento á este medio de salvacion que Dios os prepara, conservandoos el depósito de la verdad, y continuando entre vosotros la sucesion de Ministros autorizados para anunciaros su santa palabra.

Y á la verdad, el mas terrible castigo con que en otro tiempo castigaba Dios las iniquidades de su pueblo era el escasearle su palabra. Irán, dice por su Profeta, desde el Oriente al Occidente á buscar alguno que les anuncie mi palabra, y no le hallarán; (a) y no solamente no suscitaba algun verdadero Pro-

(a) Amós 8. v. 13.

feta en Israel, sino que permitia que se levantasen en medio de su pueblo falsos Doctores, que apartaban las Tribus de su culto, y las predicaban unos dioses que no habian conocido sus padres.

Es pues, Católicos, una muy singular misericordia de Dios, que no obstante las iniquidades, que parece han llegado entre nosotros á lo sumo, os suscite aun Profetas y Pastores que os anuncien una palabra santa é irreprehensible: Es una proteccion muy singular del Señor el no haber permitido que haya prevalecido entre nosotros el error contra la verdad, como en otros pueblos vecinos; y que la pavesa del scisma y de la novedad que se levantó el siglo pasado, y que hubo de abrasar toda la Europa, no asolase todo su patrimonio, y que en nuestras Provincias, donde parece habia nacido, y en donde habia hecho tan funestos progresos, no ocupase el lugar de la fé de nuestros padres.

Sí, Católicos, su bondad es unicamente quien ha conservado la paz á este rebaño, la libertad á nuestro ministerio, la sucesion legitima á nuestros pastores, las venerables y antiguas costumbres en el culto, y el depósito de la doctrina y de la verdad en nuestras Iglesias. Quantos infelices, en aquellos lugares en donde domina el error, hallan hoy al pie de los mismos púlpitos, en que sus mayores oyeron las palabras de vida eterna, y el Evangelio de paz, una doctrina de muerte, de rebellion, y de mentira. ¿Quantas almas separadas de la unidad, aunque dispuestas á recibir la verdad y á amarla, perecen solamente porque se las propone el error, revestido de apariencias de verdad, y porque se valen para perderlas, de la misma docilidad que debiera salvarlas?

¿Qué cosa habeis hecho vosotros que merezca el que se os haya separado de tantas naciones engañadas? ¿Por qué no habeis sido comprehendidos en la misma

condenacion? ¿Por qué habeis habitado en esta feliz tierra de Jessen, que es la unica ilustrada con las luces del cielo, al mismo tiempo que todo lo restante del Egypto está cubierto de tinieblas? ¿No es unicamente la misericordia de Dios la que os ha separado de tantos pueblos que se precian de su error y de su scisma? Vosotros aun estais á vista de vuestros pastores; aun recibís la doctrina de los Apostoles de mano de sus sucesores; la verdad llega aun á vosotros desde una fuente pura y divina; aun resuenan por todas partes en los púlpitos Christianos máximas de fé y de piedad; y todavia os ofrece la bondad de Dios mil medios de salvacion, solamente con conservar el de la instruccion y la doctrina.

No obstante esto, ¿venís á oirnos con un corazon movido de agradecimiento? ¿Mirais como un beneficio especial de Dios el depósito de la verdad, y de la santa palabra, que se os ha conservado, y que aun se os anuncia? ¿Decís alguna vez con el Profeta? No ha hecho otro tanto con otras muchas naciones, á las que no se ha dignado manifestar sus juicios y sus justicias. (a)

¡Ah! Que solamente venís aquí con el disgusto que inspira la irreligion y la vanidad: no teneis instantes mas molestos, que los que empleais en oír las verdades que habian de ser todo el consuelo de vuestra vida. Os enfada el que la religion del Soberano os haga de este exercicio una especie de obligacion y de bien parecer. Aun nosotros mismos tenemos precision de respetar vuestros enfados y disgustos, mezclando muchas veces la verdad con adornos humanos, que siempre la debilitan: parece que venimos aquí á suplicaros algun favor, y vosotros á oírnos

(a) *Psalm. 147. v. 20.*

nos como á importunos que os piden gracias. En los espectáculos profanos no teneis por mal empleados los instantes que se ocupan en unos frívolos placeres; alli cesan todos los cuidados de los negocios, de la fortuna, de la familia; y el entendimiento que nació para cosas mas sérias, olvidandose de todo, se sustenta con ansia con unas aventuras quiméricas. De alli siempre salís satisfechos, preocupados, poseídos de unas máximas lascivas, que se han cantado en un teatro reprehensible. Repasais en la memoria los pasages que han hecho mas peligrosas impresiones en vuestro corazon, y aun al pié de los altares os estais acordando de ellos. Estas imagenès, tan funestas para la inocencia, no pueden borrarse, y al salir de oír la divina palabra, lo mas que se os acuerda, acaso son los defectos del que os la ha predicado.

Católicos, ya no castiga Dios de un modo sensible el desprecio de su palabra; bien pudiera trasladar su Evangelio á aquellas naciones bárbaras que nunca han oído hablar de él, y abandonar de nuevo su heredad; pudiera sacar de lo íntimo de sus desiertos á los pueblos infieles y feroces, y entregarles nuestros templos y nuestras casas, como hizo en otro tiempo con aquellas Iglesias tan célebres que habian ilustrado los Tertulianos, los Cyprianos, los Agustinos, y en las que al presente no se hallan mas señales del Christianismo que los ultrages que alli recibe Jesu-Christo, y las cadenas de que alli están cargados los fieles; bien pudiera hacerlo, pero se venga mas en secreto, y acaso mas terriblemente; todavia os dexa el espectáculo y todo el aparato exterior de la predicacion del Evangelio, pero separa su fruto para los sencillos é ignorantes que habitan en los campos; el temor que nace de la fé, no es mas que para ellos. No saca á sus Profetas de las ciudades, pero desquita, si es lícito decirlo así, la fuerza y la virtud de su ministerio.

rio. No llueve de estas santas nubes mas que aridez y sequedad. Os suscita unos Profetas que os representan la verdad muy hermosa, pero no os la hacen amable; que os agradan, pero no os convierten; dexa que se debilite entre nuestros labios el santo terror de su doctrina: no saca de los tesoros de su misericordia aquellos hombres extraordinarios, suscitados otras veces en los siglos de nuestros padres, que renovaban las ciudades y los reynos, que cautivaban á los grandes y al pueblo, que mudaban los palacios de los Reyes en casas de penitencia; un San Bernardo, y un San Vicente Ferrer en las Galias; un San Raymundo en la Italia, un Santo Domingo en toda la Europa, un San Francisco Xavier en el nuevo mundo; y permite que nosotros, que somos unos hombres flacos, hayamos sucedido á aquellos hombres Apostólicos.

¿Qué mas diré? Juntamos aqui, como en otro tiempo San Pablo en Athénas, unos oyentes ociosos, movidos de la curiosidad, y que solamente vienen á oír alguna cosa nueva, quando al mismo tiempo los que en vuestros estados evangelizan á vuestros vasallos, vén á sus pies, como en otro tiempo Esdras, unos Israelitas sencillos, que no pueden contener sus lágrimas luego que oyen las palabras de la ley. Nosotros divertimos el tiempo y la ociosidad de los Principes y Grandes de la tierra; quando al mismo tiempo otros santos Ministros hacen que renazca Jesu-Christo en los corazones, y recogen en las aldeas una abundante cosecha. En una palabra, nosotros discurrimos, y ellos convierten. De este modo ¡oh Dios mio! poneis ocultamente en execucion vuestros severos y terribles juicios.

Pero, Católicos, permitasenos decir lo que Pablo y Bernabé decian en otro tiempo á los Judios infieles; Vosotros erais los primeros á quienes se debian anunciar las palabras de salvacion, pero ya que las

despreciáis, y que os teneis por indignos de la vida eterna, nos vamos á predicar á las naciones abandonadas, á aquellos pobres pueblos sepultados en la ignorancia, que cultivan vuestros campos, y que recibirán con fé y agradecimiento la gracia que vosotros despreciáis. *Vobis oportebat primum loqui verbum Dei. sed quoniam repellitis illud, & indignos vos judicatis aeternae vitae, ecce convertimur ad gentes.* (a) Nuestros trabajos serán mucho mas útiles, nuestro yugo mas suave, y nuestro ministerio de mas consuelo. No contaremos entre nuestros oyentes nombres celebrados en la historia, pero contaremos los nombres de los que están escritos en el cielo. No veremos juntos allí todos los títulos, y todas las grandes dignidades de que se forma la gloria y figura del mundo que pasa; pero veremos la fé, la devocion, la inocencia en que consiste toda la gloria del Christiano, que dura eternamente. No oiremos los vanos aplausos que se dán al language del hombre, y no al de la fé; pero veremos correr las lágrimas, que son el inmortal idioma de la gracia. Nuestros púlpitos no estarán rodeados de tanta pompa; pero nuestro auditorio será un espectáculo digno de los Angeles y de Dios.

Estas son las disposiciones con que os debeis preparar para nuestros Sermones. Ahora es necesario instruiros acerca del espiritu con que debeis oírnos.

(a) Act. 13. v. 46.

SEGUNDA PARTE.

PAra instruiros en orden á la disposicion , con que debeis oír la divina palabra , basta el proponeros , qual sea su autoridad y su fin. Su autoridad , que es divina , os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin , que es la conversion de los corazones , una disposicion fiel , que solamente busque en ella luces para salir de sus errores , y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina : Y así , Católicos , la palabra que os anunciamos no es nuestra , sino del Señor que nos envía. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legítima , quiere que nos mireis como á Embaxadores suyos que os hablan de su parte , y que no hacen mas que ofrecer su debil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro ; pero por eso nada pierde de su magestad : Somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeón en otro tiempo contra los enemigos del Señor ; el sonido podrá ser vil y despreciable ; pero la verdad , aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros , no por eso dexa de haber baxado del cielo , destinada como las lámparas de Gedeón á atemorizar hoy también á las almas fieles.

Debeis , pues , manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra , y oírla como discípulos , y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos , son las decisiones del Evangelio , las leyes de la Iglesia , y las máximas de los Santos. No venimos á proponeros aqui nuestras opiniones , nuestras preocupaciones , ni nuestros discursos. Esta Cátedra no es para disputar , sino para anunciar la verdad. En la Cátedra de la paz y
de

de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aqui en nombre de la Iglesia ; y en este punto no somos mas que intérpretes de su fé y de su doctrina.

No obstante , ¡ cuántos hombres que se tienen por sábios , y se precian de su capacidad y talento , vienen aqui con un animo dispuesto á no dexarse sorprender de los terrores de la divina palabra ! No se precian , como los pecadores de que hemos hablado , de ser insensibles á la verdad , pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exágeraciones é hiperboles. Los mas santos movimientos de zelo no son para ellos mas que unas frases estudiadas de un humano artificio ; las mas terribles amenazas , ímpetus de una vana eloqüencia ; las máximas mas indefectibles , discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad ; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias , modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este , Católicos , es el deplorable estado de la mayor parte de los que aqui asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas y preocupaciones del mundo que las contradicen : sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior , con especiosas razones , lo que llamais exceso en nuestras máximas : venís aqui á impugnar la verdad , y no á ceder á su fuerza y á su luz ; parece que no venís mas que á disputar con Dios , á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra , á defender la mentira contra los intereses de la verdad , y á ser secretos Apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatirlas. ¡ Ah ! Permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputeis esta corta victoria , pues tantas veces ha triunfado de todo el universo : Oprimidla en hora buena en el mundo , en aquellas asambleas de vanidad que junta el error , y en las que el error
pre-